

Edgar Ávila Echazú

EL CÓDICE DE TUNUPA

(CUENTOS)

TERCERA EDICIÓN

Grupo Editorial
Kipus



I	EL CÓDICE DE TUNUPA.....	7
II	QUETZALCÓATL – TUNUPA	
	MANUSCRITO DE FRAY ESTEBAN BLASCO DÁVILA.....	45
	NOTICIA SOBRE FRAY ESTEBAN BLASCO DÁVILA...	93
III	SOBRE CÓDICES Y OTROS ENIGMAS.....	99

I

EL CÓDICE DE TUNUPA

I

En mayo de 1971, después de la muerte de mi abuelo, al revisar unos escritos suyos, encontré una carpeta con la siguiente anotación:

“Documentos de Don José Felipe Echazú Arce”, y un grueso cartapacio adjunto con cuatro manuscritos. El primero era un relato de “Fray Luis de Gaspar Echazú”, en un cuerpo amarrado con descoloridos hilos de kaito con unas seis pieles amarillentas muy deterioradas: algunas partes comidas por los ratones, otras rasgadas o quemadas y maltrechas por la humedad, y con unos signos nunca antes vistos por mí; el tercer manuscrito constaba de seis folios españoles escritos en aymara, y el último: diez hojas de papel de arroz con versos en castellano.

En el cartapacio de Don Felipe leí estas páginas –fechadas dos días antes de su muerte, el 5 de agosto de 1875–:

“Cuando mi padre realizó su sueño de adquirir toda la región de Yesera, se dedicó de inmediato a cumplir una promesa: reedificar la antigua capilla que, según



viejas consejas de los lugareños, guardaba –debajo de su cripta– los cuerpos de Fray Luis de Gaspar Echazú y del curaca Guamán Illatiki, en parte por dar término a las impías relaciones entremezcladas con la peregrina creencia, y por una natural curiosidad, dio comienzo a laboriosas excavaciones para encontrar la entrada a la cripta. Ya en ella, vimos unas losas con bajorrelieves toscos y unas pictografías que no nos fue dado descifrar. Debajo de esas losas había un ataúd de madera con los huesos de Fray Luis de Gaspar –tal como la atestiguaban un escapulario con su nombre y unos papeles en un pequeño cofre de cedro tachonado de plata; y también unas pieles apergaminadas con raros signos junto a unos folios escritos en aymara y en español. Al lado de los restos del sacerdote, había una chullpa o momia encogida en una canasta: era el negruzco cuerpo del curaca Guamán Illatiki.

Mi padre llamó al canónigo Juan Ildefonso de Echalar, consejero espiritual de la familia, para que bendijera, y al mismo tiempo, para ejemplo y memoria de los campesinos de Yesera, exorcizara las ruinas de la cripta, los huesos de Fray Luis de Gaspar y la momia de Illatiki, así como los papeles y los pergaminos. Después se dio inicio a la construcción de la nueva capilla y la casa de hacienda. El canónigo Echalar y mi padre seguramente revisaron esos escritos, pero jamás les oí comentario alguno sobre ellos. Permanecieron en el cofre donde se



los encontró y este fue encerrado bajo llave en un armario de la pequeña sacristía.

¡Extraño destino el de esos papeles! Los volví a hallar en un arcón del dormitorio de mis padres cuando vine exiliado a estas queridas tierras de mis mayores. Y una noche me dediqué a leerlas. Lectura esta dificultosa por el mal estado de los folios y por la enrevesada escritura procesal del Siglo XVI. Leí, pues, los papeles con la sorpresa natural de quien va descubriendo absurdos y equívocos; y en los instantes en que no podía reprimir un sentimiento de duda e inquietud, detenía la lectura, y pensaba cómo es que nadie de los que los habían conocido antes que yo no dijo absolutamente nada sobre tales escritos; o por qué no se les ocurrió entregarlos a nuestras jerarquías religiosas para evitar que propalaran las herejías consignadas ahí.

Sea como fuera, o como ha resultado siendo, decidí averiguar entre mis parientes de Charcas y Buenos Aires, si habían conocido esos excepcionales manuscritos. Pero hasta hoy, solamente he obtenido unánimes respuestas negativas; a no ser una noticia que me dio mi hermanastro León Emiliano de Echazú Aguirre –quien desde su mocedad se ha dedicado a las investigaciones históricas.

Me dijo que en 1853, durante una estadía en Tojo, donde vivía el esclavo liberto de mi padre, el mulatillo Miguel y su mujer la parda Mateasa, le contaron unas



extravagantes invenciones en las que actuaban Fray Luis de Gaspar y el curaca Illatiki. De ellas rescaté lo siguiente: El sacerdote llegó a ser rector espiritual, confidente y mandón de unos ayllus vecinos al lago Titikaka; debido al conocimiento de sus lenguas y los evidentes poderes que sobre los indios ejercía. Perseguido por los dominicos y algunos franciscanos, y odiado y temido por otras parcialidades aymaras –a raíz de unas supuestas apropiaciones abusivas de unos tesoros que le ayudó a conseguir el curaca pakaje Illatiki–, tuvo que huir de esas tierras y refugiarse en las vecindades de Tarija, después de un azaroso viaje. Y en Yesera, donde recalaron ambos, antes de morir ocultaron todo aquello, enterrándolo en la capilla que construyeron con la ayuda de los hijos de Illatiki y unos indios tomatas que Fray Luis tomó a su cuenta.

Todo eso se lo contaron a mi hermanastro adornado con las consabidas chapucerías de duendes, endriagos y almas que se aparecían por las noches en la puerta de la capilla: una sarta de repetitivas zaran-dajas que al común le fascina reiterar mediante los ejercicios de su falaz memoria...

Ahora, declaro honestamente que sería necesario expurgar de esos pergaminos las apostasías de los ofuscados mitos del ande, para estudiar el resto a la luz de una rigurosa lógica que, como es de suponer, demandará los esfuerzos de varios especialistas en

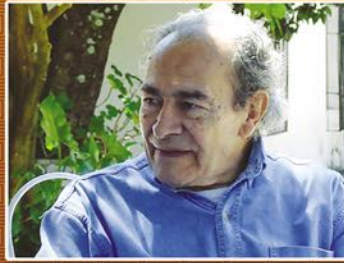
tales materias. No obstante, he sacado de esa lectura una lección: aun de lo malo y de toda perversión de la mente –de toda superstición–, se puede rescatar una que otra verdad.

En este caso he concluido por dar la razón a Fray Luis y al curaca; esto es, que “nunca jamás se debe poner al alcance del vulgo ignorante o de las débiles mentes –sin ninguna fe probada en la sabiduría de nuestra Santa Iglesia–, escritos de la naturaleza que el sacerdote escondió; aunque también...” (El final del relato de Don José Felipe está quemado).

II

Y ahora, permítanme ustedes reproducir el manuscrito de Fray Luis de Gaspar Echazú. Para evitar tropiezos de la lectura del original lo haré en mi transcripción al castellano que respeta ciertos usos sintácticos y las adjetivaciones de la época. En el comienzo del primer folio, el sacerdote anotó la fecha de su redacción: “20 de julio de 1568, en el valle de Taruka”.

“En su infinita bondad Dios nos permite a veces vislumbrar una que otra razón de sus inapelables designios. Así, a mí, una de sus criaturas, la más indigna de sus favores, y señalada para ser



EDGAR ÁVILA ECHAQUÍ, ha publicado varios estudios sobre Literatura Boliviana, y otros artículos de difusión cultural. Es autor de las siguientes obras de poesía: "Domingo Exasperado", "Memorias de la Tierra", "En cautivos sueños encarcelada", "Elegía", "Elegía para Jaime Saénz", y "Prohibido barrer los parques en Otoño" / "La Nao", en la Colección "La Nao"; y en la misma, las novelas: "Belinos", "Cantar en las Tinieblas"; así como "El Códice de Tunupa" y "Una música nunca olvidada". En la Editorial Plural: la novela "Ceniza del Viento", y las narraciones de "Juana Manuela recuerda" y "Roma /53" novela.

Ha escrito asimismo una "Historia de Tarija". Es miembro de la Real Academia Boliviana de la Lengua Correspondiente a la Real Española.

ISBN: 978-99974-66-58-7



9 789997 466587